



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NUM. 10199

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extra-jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 31 DE OCTUBRE DE 1895

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 21.

## Recolección

Presas para vinos, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para tra-siegos.—Azufradores, catadores y demás enseres necesarios al vinicultor.—Des-granadoras de panizo (6 fanegas por ho-ra).—Embudos automáticos.—Tijeras pa-para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wag-onetas.

### INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellini, 12

## BILLAR

Calle Príncipe Vergara núm. 2, bajo  
Contiguo al Hotel de Roma  
Se alquila este espacioso salón con sus seis mesas. En la misma calle número 6 despacho, darán razón.

## Muertos y vivos.

Por todas partes el grito de: ¡Castañas, calentitas! acribilla y tra-pasa el gido. Las castañeras picadas es un sainete que durante estos días se representa en multitud de calles, en las que si alguna de aquellas in-dustriales arroja el timbre de su chilena voz pregonaudo su mercan-cía, la más próxima á ella no le va en zaga y ántes y atipa la suya, y ambas á la postre establecen un pugilato horrible de gritos, que á veces termina en arañazos y me-chones de pelo transportados de un cuero cabelludo á una mano aleva y crispada.

Las niñas casaderas—aun se pre-pan muchas para el matrimonio y esporan impacientes á sus donce-les, encargados de acompañar á la familia á visitar los Cementerios.

—No viene Luis. ¿Cuánto tarda, Dios mío!—exclama alguna de ellas

—No le esperes ya, hija mía—ré-plica la madre. Acaban de decirme que le han visto con sus primas. El infame las ofrecía castañas. ¡Ya ve! Si vuelve, le despidó.

—¡Ay! Conque ofrese castañitas á sus primas, ¿eh?...



—No te quejes, querida; consú-late. A ellas les habrá ofrecido castañitas, pero á tí te ha dado la gran castaña!

D. Juan Tenorio, aquel atrevido mozo, siempre dispuesto á medir su acero con Comendadores y Megias, vuelve á presentarse arrojante y fiero y enarabado en todos los es-cenarios, para aterrorizar á maridos y padres.

No se si aun se conservarán los huesos de los héroes del impero-cedero deambi de Zorrilla; pero de ser así, de celebrarse en los Cemen-terios en la triste y luctuosa noche de primero de Noviembre alguna fiesta macabra, me figuro ver abrir sus nichos con sus descarnadas manas al gallardo D. Juan y al noble y grave Comendador. Y hasta oigo al primero, irrespetuoso siempre, dirigirse al segundo en tales tér-minos:

—¡Eh, D. Gonzalo! Buenas noches

—Buenas las tengas, D. Juan.

¿Habréis á bien darme noticias de mi Inés?

—Inés... Inés... Esperad que re-cuerde... Hablando vos, será mo-nerter que me hagais recuerdo de alguna antigualla.

—¡Malandrín!

—Siempre el mismo. A este no le cambia el tiempo.

Anciano, la lengua ten.  
¿A ver? ¿Ciútil! ¿Recuerdas de una, tal Inés?



(Ciútil, asomando la mano por entre su lápida).—Para mi santiguada, que me mentastis el nombre de una se-villanita de quien os mostrasteis si-glos ha, harto apasionado. Allá, á la derecha, hanme dicho que se ha-lla hecha una momia, desgreñada y fea.

El Comendador.—¡Villano! Ved lo que habláis. Diéramos tentaciones de arrancaros la viperina lengua... si la tuviérais.

D. Juan—interviniendo.—Vaya, no hay que reñir. ¡vive Cristo!

El Comendador.—¡Calavera!

D. Juan.—¡Ja! ¡ja! Vamos, que ahora vuesa merced es tan calave-ra como yo.

En los Cementerios se suceden es-cenas tristísimas.

Pero no hablemos de ello. Al ta-do de lo serio está siempre lo có-mico.

Ante una tumba fría, que diría el poeta, un viudo llora á su esposa.

—¿Cómo olvidarte?—dice gemien-do—¿Cómo olvidar á la amantísima compañera con quien largos tiem-pos compartí mi felicidad y mis des-



dichas? Diez años con billa... Diez años con Dolores... ¡ay!

(Un transeúnte compadecido).—Va-mos cabayero, no hay que afligirse. Que le asista á qué un buen médico y toavía que curarse.

Hay muchas lápidas que no re-sultan propias de la mansión donde el principio de la igualdad es abso-luto. En ellas, tras el nombre del finado, se leen los indios títulos nobilitarios que le pertenecieron, las cruces que adornaron su pecho y otros recuerdos de grandezas que pa-recen traer á la mente multitud de ideas mundanales.

No obstante, nadie para mientes en ello, mientras que algunas per-sonas harto timoratas, al percatarse del texto contenido en otras sus-ten alarmarse.

En un Cementerio reposaban años ha los restos de un francés. Léase en la lápida:

†  
AQUI YACE  
MR. LOIS BERTRAND  
NACIDO EN PICARDIA

Una jovenota leyó en esta voz aquella inscripción.

Pero su morafísima madre, heri-da en lo más vivo al oír el final de ella, dijo con tono severo:

—Niña, aparta la vista y vámonos de aquí, á escape. Esas cosas no se leen.

Y bajando un tantico la voz:—De Picardía... Como si lo viera, fus un tuno. ¿Qué cosas se ven hasta en les Camposantos!

Allá en una apartada galería se ve un hombre con derrotado traje, que mira receloso á su alrededor. ¿Qué hace? ¿Reza? No, seguramen-mente. Tiene interés en que nadie se fije en él. Es un casatel.



Como que está á hurtadillas chu-pando el aceite de una lamparilla.

¡Cielos! A qué calamitosa situa-ción llegan algunos hombres.

Y no debe al tal disgustarle el sabor del fruto de la oliva.

Originalmente.

—No me ve nadie—murmura muy quedo.—¡Eal! Otra chupadita. Autón. Si siquiera hubiasen echado una ardina en este aceite... Por-que, vaya, que no está del todo malo... ¡Vamos, que si no supiese á difunto!

Julio Víctor Toney.  
(Prohibida la reproducción.)

ERNESTO MALTRAVERS.

177

180 BIBLIOTECA DE ELECO DE CARTAGENA

## CAPITULO IV

Voria mañana...! Esta mañana ha llegado, de-cía Ernesto entre sí al día siguiente, al de-jar su cama que el dueño no había visitado. Antes de obocer á los llamamientos de Ferrers, que le había mandado á decir que por él nunca había esperado nadie, entró su criado con un paquete que venía de Inglaterra. Habiale traído uno de los raros correos enviados á ese Nápoles; que sería un mercado muy lucrativo para el comercio inglés, si los reyes napolitanos se ocuparan un poco del comercio y los aena-

dores ingleses de la política extranjera. Las cartas de sus administradores y banqueros fueron leídas de prisa, reservando Ernesto para lo último una larga epístola de Cleveland.

Después de algunos pormenores sobre negocios, y de algunos comentarios insignificantes, contenidos en la última misiva de Ernesto, continuaba Cleveland de esta manera:

«Confieso, mi querido Ernesto, que deseo vivamen-te volver á verte en Inglaterra. Ya has estado bastan-te tiempo fuera para conocer los demás países; no permanezcas en estos, prefiriéndolos al tuyo. Y estás en Nápoles! tiemblo por tí. Conozco muy bien esa vi-da de delicias, de meditación; esa vida de fiesta de Italia, tan dulce para los hombres instruidos, tan fa-vorable á los placeres. Pero, Ernesto que sientes ya todo lo que enerva? ¿cuan incapaz nos pone para los ejercicios serios ese farniente tan dulce? Los hombres pueden volverse demasiado delicados, demasiado re-finados para los fines útiles de la vida, y en ninguna parte se llega á ese resultado tan rápida y completa-mente como en Italia. Ernesto querido, te compa-ño; no has sido formado para convertirte en un ad-ciónado, con su gabinete de medallas, con su cabeza llena de cuadros; menos todavía para ser el obichivo de alguna belleza italiana, cuyo corazón esté ocu-pado por una pasión sola y el ánimo por dos ideas; y

amante, y sé que serias fiel á la que se inmolara por tí, pero ¿esta fidelidad no condenaría tus talentos y tu energía á una absoluta nulidad? Qué calamidad para un carácter fogoso y arrogante, hallarse en guerra con la sociedad al principio la vida! Qué tra-bes no se pondrían á todos tus deseos, á todas tus empresas con la certeza que ejercerías en tu destino una mujer que interesaría en tu amor, no en tu gloria!

«Más pudiera decirte, pero me lleñejo de que lo que te he dicho es superfluo, y si es así, te suplico me lo compruebes.

«Oyente con esto, Ernesto MaltraVERS, si no cumples con la tarea que la naturaleza te ha impuesto, serás un misántropo morboso; ó un indolente voluptuoso, fastidiado, estragado en la edad viril, irritado, inca-paz de contento en la vejez. Mas, si quisieras seguir tu destino, necesitas empezar muy pronto tu aprendizaje vete á trabajar; ha aspirar á alguna cosa, no importa cual; trabaja; trabaja; esto es todo lo que te pido.

«Quisiera que visitaras tu antigua morada; tiene un aspecto el más venerable; el más romántico; du-rante los años de tu infancia te te ha dejado á tí y de-cubrir los restos de sus paredes. A Montaigne le agradaría habitarla!

«Adios, mi más caro Ernesto. Tu desasogado y afectuoso tutor.—Federico Cleveland.